

Era un caluroso día de julio de 1944 en un pueblo del sur de España, cuando nació una niña, pequeña y risueña, llamada Sara. Obviamente ésto lo sabía porque me lo habían contado mis padres, Javier y Candela, ya que era mi hermana mayor y en cuanto la vi, supe que iba a ser mi mejor amiga. Teníamos tres hermanos, el menor Gonzalo, el mediano Jorge y el mayor Víctor. Nos llevábamos bastante bien entre nosotros, aún así, teníamos alguna pequeña discusión sin importancia.

Me llamó Alma. Nací en febrero de 1949. Tenía 9 años cuando empecé este diario, porque me pareció una idea interesante crear un espacio en el que poder expresarme y contar mis sentimientos sin que nadie lo viese. Por ahora, mi idea era fijarme en alguien y escribir su vida. Es como si fuese un personaje de libro, solo que en este caso, su destino ya estaba escrito. Ayer estaba dando vueltas en la cama porque no tenía sueño, de hecho, no tenía sueño porque eran las 7:00 de la tarde, ya que me habían castigado por no limpiar los platos. El caso es que estaba meditando quién sería la afortunada persona que se convertiría en mi... llamémoslo mi protagonista, y decidí que hablaría sobre mi hermana Sara. Mi hermana siempre fue para mí un ejemplo a seguir, aunque también es cierto que siempre estuve en su sombra. Ella era la mejor en todo, en los concursos de bailes tradicionales que se hacían en la plaza del pueblo, en casa siempre la más servicial y ordenada y en clase, los profesores me conocían por su nombre. Aún con todo, la seguía queriendo a más no poder, porque éramos hermanas antes que nada y amigas por encima de todo.

*14 de junio de 1959*

Era sábado por la mañana. El cielo estaba soleado y había una leve brisa que te hacía sentir como en el mar. Había cumplido 10 años, lo cual (no se porqué, ya que un año no se notaba mucho), me hacía sentir más importante y madura. Paseaba por las estrechas calles de mi pueblo, cuando llegó a la plaza mi hermana. Me escondí detrás de una fuente y observé cada pequeño movimiento que hacía ella, para recordarlo bien y cuando llegase a casa, correr a escribir esto en mi diario. Sara estaba hablando y riendo con sus amigas, Carmen, Lara y Valentina. Había hablado con ellas un par de veces cuando habían venido a mi casa para hacer los deberes del colegio juntas. Se conocían desde que eran pequeñas, porque Carmen y Lara vivían aquí desde que nacieron, pero Valentina llegó cumplidos los dos años. Mi favorita era Lara. Aunque las otras dos también eran muy majas y amables, Lara había jugado siempre conmigo como si fuese de su edad, y eso me hacía sentir especial. Ahora, sus amigas estaban planeando un regalo para el decimosexto cumpleaños de Sara. También había un chico en la plaza, pero yo no lo conocía. Lo saludaron y se acercaron a él. Parecía que ya se habían visto antes, se notaba que tenían confianza entre ellos. Tuve la impresión de que el chico miraba a mi hermana con cierta ternura, cosa de la que

también se dieron cuenta sus amigas. Había una conexión diferente a la que tienen los amigos.

*3 de octubre de 1964*

Íbamos de viaje hacia un pueblecito de Castilla-La Mancha, para ser más concretos, a una cabaña cerca de un lago a la que íbamos todos los años. Eran cuatro largas horas en bus porque, para mí, las horas en autobús son eternas. Desde luego, era tiempo suficiente para echarme una buena siesta y pensar en mis cosas. No sé a quién se le ocurriría fundar un pueblo a cuatro horas de otro. Me aburrí mucho y me puse a mirar por la ventana. El paisaje era maravilloso, montañas, bosques. Aunque no estaba fuera del autobús, se notaba que en el ambiente se respiraba un aire tan puro como el aroma de la tierra cuando llueve. Sara estaba escribiendo una carta. Quién sabe para qué persona era. Supongo que para el chico de la plaza, Álvaro. Me enteré de su nombre hablando con mi hermana la semana pasada en una comida familiar. Habían venido mis tíos y todos mis primos, algo extraño en ellos ya que algunos se habían mudado a ciudades a trabajar. Según ellos, en la ciudad hay más oportunidades, pero yo opino que no hay nada como la naturaleza y la sensación de despertarse con el piar de los pájaros.

No sé cómo, pero conseguí dormirme. Soñé que estaba en un prado verde lleno de flores multicolores. No sabía donde se encontraba ese lugar, pero estaba completamente segura de que España no era. Se vislumbraban a lo lejos unas montañas inmensas con la punta nevada como si fuese algodón de azúcar. Eran inmensas para mi criterio... ni que yo hubiese visto muchas montañas inmensas en mi vida. En mi sueño yo estaba sentada en el suelo sobre un mantel de picnic rojo y blanco. Conmigo estaban mis padres, Jorge y Víctor. No veía a Gonzalo por ninguna parte. Un poco más lejos de donde nos encontrábamos, Sara y Álvaro. Estos últimos estaban persiguiéndose por la hierba, como si jugasen al pilla pilla. Creo que ya son un poco mayores para jugar a eso, pero como era un sueño, todo podía pasar. Al fijarme bien, distinguí a un chico que no había visto en mi vida. Pelo castaño, ojos verdes brillantes y una sonrisa esperanzadora. También había un bebé, ni idea de quién podía ser. De repente, oí una voz que me llamaba. ¡Alma, Alma! ¡Ya hemos llegado! Tardé en darme cuenta de que lo que estaba oyendo formaba parte de la vida real, pero como estaba tan sumida en mi extraño sueño lo deje pasar hasta que note que me sacudían.

-¡Alma! Hemos llegado al lago. ¡Despierta!- dijo Sara entusiasmada.

-¡Despierta de una vez!- se quejó Gonzalo.

-¿Me he dormido?- pregunté adormilada.

Me pareció tan real el sueño, sentía la brisa en mi pelo, veía el color de las flores con tanta nitidez...

-Claro, ¿como si no te estamos despertando?- quiso saber Jorge.

-¡Te has dormido dos horas enteras!- se sorprendió Víctor.

La verdad es que nunca he sido una persona muy dormilona. Mis padres se han tenido que quedar noches y noches despiertos intentando encontrar la fórmula para que me durmiese. Después de todo, solo tenían que distraerme con algo suficientemente entretenido para que cayese en un sueño profundo.

-Coged vuestras cosas y entrad a la casa, que dentro de poco empezará a hacer frío.-dijo mamá.

*28 de febrero de 1967*

Eran las fiestas patronales de mi pueblo y había un notable ajeteo entre todos sus habitantes. Ya con diecinueve años, podía ser una participante más activa en la preparación de las veladas próximas que se llevarían a cabo mayoritariamente en la plaza. Mi hermana y yo nos encargábamos de organizar la gran cena en la que colaboramos todo el pueblo. Nosotras preparábamos los manteles, la vajilla, la música, aunque el menú y la comida la hacía la madre de Lara. Álvaro ayudaba con el baile que se celebraba en la plaza después de nuestra querida cena. Cómo estábamos a apenas unas calles de allí, a veces se escaqueaban a verse a [escondidas](#). Me parecía muy tierno ese último detalle, pero también era un poco molesto a la hora de espiarlos. A mi modo de ver, no era nada raro que los observase, siempre y cuando no me vieses hacerlo. La deliciosa comida que tenía en mente la madre de Lara era una sopa de pescado, solomillo con patatas asadas y de postre, tarta de manzana. Durante las fiestas también se jugaba a juegos tradicionales, en los que yo no era la mejor que digamos. Mis padres nos habían dicho a los chicos, a Sara y a mí, que la hora límite para llegar a casa y no llevarte un buen castigo eran las cuatro de la madrugada. Nos quejamos e intentamos negociar una hora más, pero mis padres eran muy testarudos cuando se trataba de poner límites.

Las medias me apretaban demasiado y el moño tiraba de mi cabeza como si quisiera arrancarme los conocimientos del cerebro. Mi amigo, Guillermo, decía que no entendía porque había que vestirse tan arreglados, y que porque no podíamos ir en ropa de calle. Que inocente. Tenía tres años menos que yo, quince. Eso le proporcionaba un pensamiento un tanto inocente e ingenuo. Mi madre me permitió ponerme un poco de colorete y pintalabios para la ocasión. La gente comentaba que muchas mujeres conocían a su futuro marido en las fiestas, cómo si el amor no pudiese venir a ti a no ser que lo fueras a buscar. Yo iba con la calma de pasármelo bien y disfrutar del ambiente. Me terminé de preparar y me mentalicé para no perderme en la multitud. Estarían riendo y compartiendo historias a todas horas y en todos los rincones. Guille y yo salimos de la casa y fuimos directos al ayuntamiento, dónde se reunían los vecinos. Víctor empezó a salir con una muchacha llamada Valeria y se les veía muy felices. Casualmente era la hermana de Guillermo. Llevaban

ya dos meses juntos y esta vez los encontré caminando cogidos de la mano hacía nosotros.

-Qué tal chicos?- preguntó Víctor. Observé que tenía un aire pensativo y apenado. Noté que se ruborizaba discretamente. No le culpo, supongo que le daba vergüenza que les viéramos juntos.

-¡Genial!- exclamó Guille.

-Seguro que nos lo pasaremos genial esta noche.- comentó Valeria.

-Claro, incluso han hecho una selección de la música que podrán cuándo bailemos. Y no os voy a mentir, es bastante buena.- dije emocionada.

-¡Estoy deseando escuchar esa increíble banda sonora que habéis preparado!- se entusiasmó ella.

-Luego nos vemos.- explicó Víctor con un hilo de voz, y por fin detecté qué le ocurría algo importante.

Guille y mi hermano intercambiaron una mirada de aprobación, ya que eran los acompañantes de sus hermanas.

De no ser por Guille, me habría comido toda la comida que nos pusieron en la cena. Él me controló y me dijo que sino luego me encontraría mal. Tengo que reconocerlo, era bastante prudente, cosa que no me venía nada mal a mí. Nos sentamos enfrente de Álvaro y Sara. Los saludé alegremente y me comentaron que se lo habían pasado de maravilla en la excursión que tenían planeada desde dos semanas atrás. No habían anunciado que estuviesen juntos a nadie que yo supiera. Aún con todo, yo estaba segura de que estaban saliendo por cómo se comportaban. Sara se enroscó un mechón de pelo en el dedo y supe inmediatamente que quería hablar conmigo. Esa era nuestra señal para cuándo necesitábamos contarnos algo la una a otra con urgencia.

Nos acercamos a los servicios discretamente. Sara venía detrás mía con una cara de preocupación alarmante en su pacífico rostro de siempre. Cuando nos encontramos suficientemente lejos como para que no nos miraran las curiosas miradas de los asistentes a la cena, ella cogió aire y habló.

-Quiero que después de que te cuente esto, volvamos a la mesa como si no hubiese pasado nada. ¿De acuerdo?- comentó Sara.

- Claro, ¿qué es eso tan importante?- quise saber.

Sara cerró los ojos, comencé a entender que le estaba costando reunir el valor para decírmelo.

- Gonzalo ha empeorado.- se atrevió a decir ella. La sonrisa se desvaneció de mi cara. Gonzalo tenía una grave gripe desde hace varios días. Habíamos conseguido escasas medicinas, ya que en esta época era bastante complicado y exclusivo encontrarlas.

Nota en su cara que esto iba en serio, que no sería simplemente una complicación más.

-¿Pero si ya se estaba recuperando?- me pregunté.

-Le ha dado un bajón y cada vez está más débil.- murmuró Sara al borde del llanto.

- ¿Qué ha dicho el doctor?

-No está muy seguro en este caso, pero nos comunicó está mañana que no aguantaría mucho más.- sollozó con pesar.

-¿Por qué no me lo habéis dicho nadie antes? ¡Siempre soy la última en enterarme de todo!

-No queríamos preocuparte, hoy es un día especial y la gente viene aquí a pasárselo bien. No ibas a ser tú la que les arruinase la diversión.

-¡Pero es mi hermano, me da igual si les fastidio la diversión! ¡El pueblo lo entendería!

- Bueno, ya te lo he contado. Ahora, me has prometido volver a nuestro sitio como si nada.

- ¿Cómo puedes comportarte así? ¿¡Es que no te importa nada tu hermano!?

Estaba histérica, furiosa, dolida y realmente preocupada. Todo eso al mismo tiempo.

-Compórtate, por favor. Ya es hora de que madures, Alma.- refunfuñó ella.

Me tragué toda la tristeza para dentro. Me puse recta, me limpié las lágrimas con el vestido y saqué mi mejor sonrisa. Quería complacer a mi hermana, demostrarle que era ya una mujer responsable.

La velada fue tranquila y agradable. Cuando volvimos de nuestra conversación, nuestros acompañantes nos recibieron alegremente. Supuse que estaban hablando de nosotras. Mi hermana se comportó como una auténtica señorita, tranquila, amable y discreta. Guille estuvo toda la noche haciendo bromas y charlando con todo el que se encontraba. Me distraje e intenté no pensar en mi hermano. Lo quería mucho y habíamos compartido momentos inolvidables en familia, y no estaba preparada para dejarlo ir. Me convencí de que no tendría que hacerlo.

Llegó la hora del baile tradicional de las fiestas. Guille me pidió ser mi pareja, y yo acepté. A decir verdad, pensaba que él ya lo daba por hecho. Empezó a sonar la selección de canciones que se había preparado para la ocasión y toda la plaza quedó abarrotada de muchachos moviéndose de un lado a otro al ritmo de la música. Me aferré a Guille con toda la fuerza que me quedaba después de esta noche tan intensa, sintiendo que en cualquier momento empezaría a perder a toda la gente a la que quiero. Creí ver a Sara y a Álvaro escaquearse del baile. Bajé la mirada y relajé los músculos, dejando que mis pies siguieran la melodía.

*23 de mayo de 1970*

Ya hacía tres años que Gonzalo había fallecido. La gente estaba conmovida, afectada y nos daban todas sus muestras de afecto. Dolor. Silencio. Pérdida. Así me sentía yo por dentro, al igual que toda la familia. Cancelaron las clases durante un par de días. Sara se mostraba distante, no hablaba con nadie, ni siquiera conmigo, que éramos como una sola persona. Yo sabía que no podía invalidar los sentimientos de los demás, pero es que lo pintaban todo como si hubiese sido una desgracia mundial. Estaba destrozada los primeros días, pero luego comprendí que tenía que dejarlo pasar, seguir con mi vida.

*7 de julio de 1971*

Bonito paisaje, pensé. Un prado extenso como un mar de hierba. Me sentía tan bien, tan en paz, que podría haber estado en el paraíso perfectamente. Casi parecía que se había parado el tiempo. El pícnic sabía delicioso, fruta, pollo y el famoso caldo de verduras que preparaba mi madre en su tiempo libre. Álvaro y Sara se habían casado en invierno. Siempre unidos, como un lazo entrelazado. Tenían un bebé maravilloso, tierno y dormilón. Estábamos la familia al completo, menos nuestro querido hermano, que descansaba con las estrellas. Entre ellos mencionaron algo de que no habían visto nada tan espléndido nunca, y ahí me percaté de que esto ya lo había vivido. Era aquel sueño antiguo que guardaba en mi memoria en un rincón especial. Él que había tenido en el viaje a Castilla-La Mancha. Fue un sentimiento extraño, pero a la vez familiar. Que no me pregunten cómo, pero sabía que lo iba a sentir de nuevo en un futuro no tan lejano.

FIN